

UN AMPARO MILAGROSO

¡Largas horas tenía que esperar, encerrado en el trasatlántico que me sirviera de abrigo! Horas de angustia atroz, por los míos, más que por mí mismo.

Las palabras del capitán atormentaban mi cerebro: “No entregaré a usted salvo órdenes especiales de mi cónsul...”

Los mandatos telegráficos de prenderme, despachados en mi contra desde la capital, ¿llegarían a Veracruz antes de que saliera el buque?

Los esbirros huertistas del puerto, ¿atreveríanse a reclamar mi entrega al Consulado de Francia?

Cuando mi progenitor en la escala del barco me abrazara a la despedida, me consoló con la fe y la intuición que sólo los padres suelen tener en el peligro.

—Queda tranquilo; de aquí no te sacan hijo mío, ya verás, ya verás. Dios nos ayudará.

Al dejarme en “La Navarre” mi padre ni fue a casa, sino a la de su buen amigo, el licenciado don José Domínguez, prominente abogado veracruzano de hidalgos sentimientos y de todo fiar. Le informó detalladamente de mis comprometidas circunstancias pidiéndole consejo y ayuda inmediata, para el caso muy probable de una complicación.

Aquella bonísima persona y leal revolucionario, sin perder segundo, interpuso amparo a mi favor ante el Juzgado competente, y para averiguar lo que hubiere sobre el inminente peligro que corría, fue en busca de informes auténticos, que desde luego obtuvo.

La orden de aprehensión había llegado por telégrafo al comandante militar de Veracruz, quien disponíase a obedecerla, cuando recibió del Juzgado del Distrito la suspensión que me amparaba de todo procedimiento en mi contra.

Por supuesto, que independientemente de aquel acto suspensivo del acto reclamado *no podía durar sino el tiempo que tardara en ir a México el informe del comandante y volver la respuesta*, que sería sin la menor duda, en el sentido de pasar sobre la justicia federal y sobre mi fuero de diputado.

Como sucedió.

Pero, mientras iban los informes de Veracruz a México, recabábanse allá los acuerdos respectivos y se dictaba el atropello final... ¿no saldría "La Navarre"? Y luego, los señores militares ¿respetarían el concedido amparo? Y si lo violaban ¿serían también capaces de provocar un incidente internacional con el Consulado de Francia?

* * *

El licenciado Domínguez, con acuciosidad de correligionario y empeño amistoso, estuvo alerta, hasta donde pudo, de los pasos gubernamentales; pero llegó el momento en que sus gestiones resultaron inútiles porque a la postre de tanto tiempo transcurrido ya no fueron las autoridades del puerto sino policías llegados expresos de México, los que se encargaron de intentar mi aprehensión.

El vapor francés se haría a la mar a las nueve y media. Hasta el alba, ninguna novedad se presentó. Dieron las 6 y las 7 horas, sin que nadie se apareciera por el muelle. A las 9 y minutos llegaron mis padres y hermanas, Dolores e Irene, con Rosita, la queridísima hija adoptiva, y el servicial Efrén, todos muy afanosos, buscándome con manifestaciones de imprudente aleluya. Yo los miraba, sin ser visto por ellos.

Poco más tarde se presentó en el muella el honorable representante General de la Trasatlántica, señor Burgunder, cuyos son los datos que consigno ahora, con todos los detalles que se sirvió relatarme.

* * *

Enterado de mis dramáticas aventuras estaba atento a su epílogo creyendo que todo había terminado con bien para mí y sin dificultades para su empresa, cuando inopinadamente llegaron al muelle dos agentes de la "reservada" vestidos de paisanos, dirigiéndose al propio jefe de la Compañía.

—Dispense señor, ¿usted es el apoderado de la Trasatlántica?

—Sí, señores.

—Pues nosotros necesitamos ver al diputado Fabela. ¿Tuviera usted la bondad de indicarnos dónde está?

—Yo no sé, no lo conozco.

—Pues está a bordo.

—No señores, a bordo no hay ningún pasajero de apellido Fabela.

—Sí señor, nosotros estamos seguros de que se ha embarcado ya, y como tenemos urgencia de hablarle, con permiso de usted, vamos a buscarlo—. E iniciaron el impulso de avanzar. Pero el representante, autoritario, atajó su intento con frase y tono terminantes:

—Imposible, señores, están dadas las órdenes de marcha. Ustedes no pueden ya subir.

Los polizontes, sorprendidos y contrariados, bisbisearon algo entre sí, para después agregar entre majaderos y tímidos:

—Pues como se trata de un asunto oficial y tenemos instrucciones superiores que obedecer, vamos a bordo...

—Lo siento mucho, pero ustedes han llegado tarde...

Los hombres no sabían qué hacer, porque el tiempo apremiaba y su misión corría inminente riesgo de frustrarse. Murmuraron otra vez y discutieron entre ellos sin ponerse de acuerdo, pues veíase la insistencia del uno y la negativa del otro en el proyecto quizás de alguna nueva intontona.

* * *

Mientras este diálogo tuviera lugar en el muelle, yo desesperado porque mis familiares no podían mirarme a través de la claraboya del camarote, desobedeciendo los mandatos del comandante, dejé mi encierro y pasé a cubierta.

Mis gentes bienamadas, jubilosas de hallarme al fin, no cesaban de reiterar sus adioses con signos de la más resplandeciente dicha.

Todo esto sin saber que allí mismo la policía estaba en acecho, y sin importarnos a todos, a ellos y a mí, por nuestra mutua ignorancia, que el barco siguiera atracado y la escala accesible.

El señor Burgunder, al describirme esta escena, me decía que

le hicimos pasar un rato de gran preocupación por nuestras desbordantes e inconscientes manifestaciones de contento. Así pues, aquel peliagudo incidente fue para mi generoso protector, bien embarazoso. Encontrábase entre mis perseguidores y familiares sin poder enterar a éstos que allí estaba alerta la policía acechándome, para no atemorizarlos; y tratando de no atraer la atención de los agentes frenéticos por su fracaso.

Sin embargo, con la esperanza de un eventual entendimiento conmigo, el señor Burgunder levantaba su diestra a la altura del rostro para aprovechar un momento propicio y hacerme un ademán de alarma. Todo inútil. Yo seguía embebido en la contemplación de aquellos seres benditos que quizá no volviera a ver...

Mi padre, casi erguido por su ventura infinita, como transfigurado, ostentaba el rostro radiante dentro de un impresionante marco de argentería; y mi madre, con su halo santo, espiritualizaba todo mi ser.

La tripulación afanada en las escotillas con los últimos cargamentos y el muelle pleno de curiosos y deudos de la gente que se iba, animaban la inminente partida. Los pasajeros rezagados ascendían sudorosos dando traspies y resoplidos. Y la sirena no cantaba su adiós.

De repente los jenizaros, todavía discutiendo con vivacidad, se escabulleron entre la muchedumbre acercándose solapadamente al estribo del buque.

El señor Burgunder, desconfiado, temiendo el intento de un final golpe de mano, aún posible, los siguió de cerca.

Los quidams se encaminaron cautelosos hacia la escala y ya pretendían trasponerla a la zaga de un grupo de empleados aduanales, cuando arribó el práctico del puerto y fue aupándose.

Inmediatamente después escuchóse la aguda y huidiza nota de un silbato; el personal de la empresa de vapores bajó al último y los cables levantaron la escala. De seguida un estridente y largo silbido de la máquina anunció la marcha; las cadenas de popa crujieron y chirriaron levando el ancla, y "La Navarre, comenzó a moverse.

Cuando el trasatlántico hizo rumbo a la bocana y la gente llorosa o risueña agitaba sus manos y pañuelos en simbólicos adioses, los esbirros se fueron diciendo.

—Se nos escapó.

—Pero ¿estás cierto de que va a bordo?

—¡Seguro! Allí va, míralo, ese es...— Y luego, como increpando al director de la Compañía naviera, le dijeron:

—Pues no decía usted que el licenciado Fabela no iba a bordo. Véalo. ¡Ese es!

—Yo no lo conozco, respondió mi salvador, y además en la nómina del pasaje no aparece ningún señor Fabela. Sólo que se haya cambiado el nombre.

Como en efecto así fue; no siendo yo el autor de la idea, sino un empleado de la Trasatlántica, al sugerirme confidencialmente:

—En las circunstancias en que se encuentra, licenciado, es preferible poner en el registro otro nombre que no sea el suyo—. Y así lo hizo.

¡Designios providenciales!

(Fragmento del Capítulo VIII.)